

tentes, cuya única cortapisa es su honradez personal, dan un cuadro real de lo que pasa en la empresa nacional privada. Los gremios, por su parte, se han vuelto camaleones capaces de adaptarse a todos los cambios políticos. En cualquier caso, la inautenticidad que al respecto cabe hacer resaltar es la del mismo sistema democrático, carente de un sentido real y concreto dentro de la empresa colombiana.

El derecho laboral. Unas son las normas y otra cosa lo que se aplica. La huelga, prohibida por la Constitución en los servicios públicos, se repite todos los días; los convenios de la OIT, a los que adhirió el país y que son ley de la república, jamás se han aplicado; patronos y sindicatos hablan distintos lenguajes; hay un efecto de subasta cuando se discuten pliegos de peticiones, los unos inflando hasta la exageración las prestaciones, los otros, disminuyendo hasta el ridículo. La solución más fácil, una reforma laboral. El actual estatuto no hace más que castigar el elemento más buscado: la estabilidad del trabajador.

La política. En Colombia, la inautenticidad es característica estructural del sistema. Estos son sólo algunos ejemplos: Se habla de criterio patriótico cuando debajo sólo hay intereses individuales; el ejercicio de la política ha llevado a ejercicios mentales con los cuales "se acomodan, se justifican y se consideran normales las más inverosímiles posiciones políticas". Palabras como *cambio* las utilizan todos los candidatos, olvidando cifras y proyecciones concretas; en el fondo, nadie le da importancia, porque se considera que el asunto es insoluble; los partidos tradicionales perdieron por completo su poder como organizaciones, en aras de ambiciones individuales, y el mito del poder omnímodo del Presidente es, en la realidad, limitado por muchos factores.

La justicia. Para terminar, la justicia, el sector más comprometido en una mentira que comenzó en la institución básica, la familia. En Colombia, nada es prohibido, ni siquiera la dudosa función de hacer justicia por propia mano. Congestión judicial, presupuesto irrisorio, falta de ins-

trumentos para la investigación, delitos que van y vuelven a la justicia penal militar, desaparecidos y otros muchos problemas, han hecho que la sociedad de la mentira haya "producido el total bloqueo del sistema que define lo justo y lo injusto, lo legal y lo ilegal".

En resumen, los esquemas de moralidad tradicional ya no son válidos. Se quiso mostrar cómo la mentira nuestra tiene importantes consecuencias prácticas. Nos hemos acostumbrado a eliminar lo adverso, absorbiéndolo o haciendo como si no existiera o como si fuera problema de otro.

LUIS H. ARISTIZABAL



¿Colombia nazi o Colombia yanqui?

Colombia nazi

Silvia Galvis y Alberto Donadío

2a. edic., Planeta, Bogotá, 1986, 367 págs.

Se pregunta uno si el periodismo investigativo puede abarcar el campo de la historia; si, abarcándolo, puede liberarse del lastre del "presente informativo". Llamo "presente informativo" a un tipo de parcialidad que no es el obvio condicionamiento histórico, sino la ilusión subjetiva de que los hechos del presente pueden ser

corroborados por los hechos del pasado, manifiesta, no a través de un seguimiento estructural o sincrónico de los procesos, sino, precisamente, mediante la "información" de hechos, datos, fechas, objetos-indicio. En cambio, no dudo de que el historiador es una suerte de periodista investigativo, no del pasado (que es el mito de los "hechos"), sino de los procesos verificados en una interminable red de relaciones, que es preciso delimitar para apreciar un objeto de investigación. La historia tiene que ser interesada (y yo defiendiendo la historia como arte), pero nunca es parcial. Es decir, el historiador parte, en principio, de unos prejuicios básicos, delimitantes y orientadores del tema; después vienen los datos del periodismo investigativo. Este reportero del pasado debe servir apenas de auxiliar al historiador, cuyos vínculos con la materia de estudio son, ante todo, pasionales; "intuitivos", diría Croce; "fatales", diría Spengler.

El periodista que se enfrenta a la historia corre el riesgo de ser parcial, llevado por el prurito del "hecho", de la "prueba", e ignorar que mostrar no es interpretar, que analizar no es concluir. El que nos ocupa es un loable trabajo investigativo, pleno de sorprendentes sondeos en archivos y documentos que ofrecen el carácter revelador de ser primicias en el campo de la historia, de haber cumplido recientemente su plazo para la apertura al público. Pero, por más sorprendentes que fueran las revelaciones, era más fácil extraer de ellas reflexiones políticas de corto vuelo que lograr ofrecer un panorama correspondiente a lo que el tema sugería.

El tema del nazismo sigue hoy teniendo un aberrante tratamiento publicitario, o bien para desprestigio de una época de nuestra historia reciente, que aún nos golpea, o bien como "gancho" para conseguir lectores morbosos: editores oficiales y piratas se disputan el mercado de *Milucha*, de los diarios de Hitler, de los *bestsellers* novelados y periodísticos sobre el tercer Reich, los últimos días de Hitler y la segunda guerra mundial. El autor de esta reseña no duda en ningún momento de la seriedad del trabajo periodístico e inves-

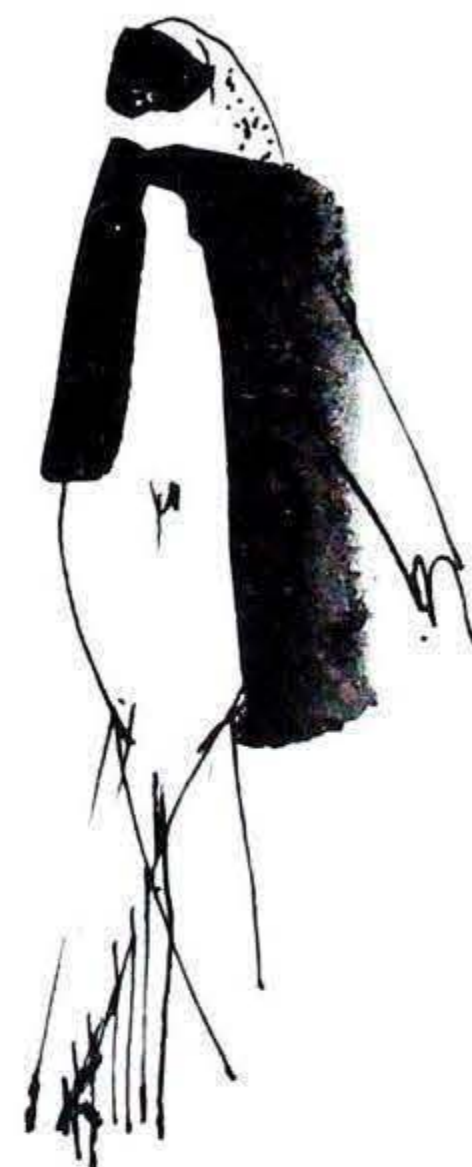
tigativo de dos de los más prestigiosos periodistas del país, su esfuerzo por dar una visión de conjunto de los conflictos sociopolíticos de Colombia durante la segunda guerra mundial. Pero me temo que, tanto el título del libro, como el manejo forzado de algunos temas, respondieron exclusivamente a esa pasión coprófaga —y que, por supuesto, fue alentada por un periodismo internacional maniqueo de posguerra— que identifica nazismo con judíos incinerados, fosas comunes, bombardeos de película, despliegue militar y caricaturas crueles investidas de poder. ¿Por qué? Hablar de “Colombia nazi” es suponer, dentro de las circunstancias sociohistóricas de la Colombia de la segunda guerra, la asimilación de un proceso, tan complejo como europeo, que siempre fue más que ideología, más que racismo, más que realidad bélica. Realmente, en todo el libro no sólo no aparece, sino que se cuestiona a menudo, una acción directa del partido nacionalsocialista en Colombia, independiente, claro está, de casos aislados —“nazis comprobados”— o simpatías pobres que jugaban como ligeros tensores de los conflictos partidistas, y también, y esto porque fue la óptica y el blanco del libro, independiente de lo visto, estudiado, opinado y propagado por el gobierno de los Estados Unidos.

Me parece que en *Colombia nazi* hay más pruebas contra la política estadounidense (si tomamos el “contra” en relación con la demostración de presencia del elemento foráneo tomándose a nuestro país) que contra el nazismo. Por un lado, estamos ante el análisis, relacionado con época y problemas concretos, de la política del “buen vecino”, ya tan trajinado desde el año de aparición del libro de David Bushnell, *Eduardo Santos y la política del buen vecino*; por otro lado, la mayor parte de la sustentación de fuente que ofrece el libro son los archivos y documentos estadounidenses (FBI, departamento de Estado, embajada de los Estados Unidos en Colombia, archivos nacionales, etc. . .) que fueron tejiendo, durante la guerra y después de ésta, sus propias versiones acerca de las activida-

des del tercer Reich en América Latina y, concretamente, en Colombia: es decir, dos hilos argumentales por destacar: la denuncia de la intervención estadounidense y la denuncia de la intervención nazi, vista y construida por los estadounidenses como argumento firme para mantener y justificar la política del “buen vecino” que, en últimas, autorizaba la intervención. Veamos.

A partir de unas cuantas menciones de nombres, cuya ilación entre sí no está comprobada, se entra en un tema de mayor extensión, cual es el de la “cacería” del FBI, siguiendo las huellas que estos nombres, supuestamente espías del Reich, van dejando, sin más importancia que unas escasas transmisiones clandestinas de informes generales. Los Estados Unidos pretextan la defensa de la zona del canal de Panamá de posibles ataques del Eje; a través del célebre embajador Braden, Estados Unidos advierte, con informes que siempre están en discusión, a Colombia sobre la amenaza nazi, pero, ante todo, y porque la amenaza, como digo, no está plenamente demostrada, sobre la necesidad de establecer un “pacto de caballeros” —en principio y finalmente clandestino, no conocido por el Congreso colombiano— que permita a las fuerzas militares estadounidenses la invasión a territorio colombiano en caso de ataque. Por supuesto, lo tocante a la invasión militar nunca es puesto en consideración en Colombia, pero se mantiene a lo largo de la guerra como una situación de hecho, situación natural, tanto más atribuible a imperativo ofensivo de la política estadounidense, cuanto que ni Santos ni López Pumarejo aceptan nunca de manera rotunda el “pacto”. Caso aparte serán la presencia y la actividad de los agentes de Estados Unidos, camuflados como “asistentes de cónsul”, el sistema de la lista negra, las sanciones económicas a simpatizantes del Eje (que en muchos casos eran más bien antiestadounidenses). Los informes enviados por los agentes de Estados Unidos, su fanatismo y paranoia en el descubrimiento de “nazis” (siempre mejor, antiestadounidenses) por gestos desprevénidos, afinidades con Alema-

nia, etc. . . , son bien aleccionadores. Como, por ejemplo, el informe de William Paley, quien, resignado a la carencia de pruebas, advierte sobre la posibilidad de una revolución pronazi, dadas las características de debilidad de estos gobiernos, características que parecen consistir, para él, en la cercanía del canal de Panamá. Posteriormente, la supuesta alma pronazi colombiana se identificará con el partido conservador y con la figura de Laureano Gómez, censurado y sometido a corrección en los Estados Unidos. De este esbozo de vigilancia estadounidense algo queda claro en el libro: es más fácil delinear la presencia yanqui, que se va expandiendo en los diferentes campos supuestamente amenazados por los nazis (caso ejemplar: el sistema de sustitución de empresas y capital alemanes declarados en fideicomiso después de Pearl Harbor, por empresas y capital estadounidenses); es más fácil, decía, dibujar semejante presencia, que confirmar las versiones de una Colombia nazi.



Respecto a ésta última, muy pocos datos son claros y éstos no son necesariamente los elaborados por los investigadores estadounidenses: el capítulo sobre espías nazis carece de incidencia verídica en el tema propuesto; baste con recordar que Schwartz y Rullhusen llegan a ser espías por la fuerza de las circunstancias eco-

nómicas y no por convicción. Ninguno de ellos realiza una actividad delatora de planes específicos del Eje respecto al tercer mundo; los "saboteadores nazis" jamás entraron en acción. Nunca se comprobó el abastecimiento de combustible de submarinos alemanes en costas colombianas y queda descartada la tesis de que el hundimiento de tres goletas colombianas ocurriera dentro de "actos de guerra" nazis. Las conspiraciones difícilmente nos hacen pensar en acciones nacionalistas "nazis" más que en los rumores y tretas de los aliados para fustigar la persecución antinazi, como lo demuestra el caso del golpe en Bolivia, supuestamente atribuible a un general pronazi, por maniobras inglesas que al fin fueron desenmascaradas. Tampoco se comprobó la existencia de pistas de aterrizaje clandestinas, desde las cuales obrarían militarmente aviones alemanes; en cambio, el rumor, delatado como netamente estadounidense, prendió la polémica de la amenaza a la soberanía nacional que constituía el interés por divulgar semejante noticia. Ni el falangismo de Laureano Gómez ni el antisemitismo de López de Mesa tienen en el libro una sustentación ideológica en el nazismo, diferente de la estadística y de la coincidencia de intereses parciales, así como las presuntas revueltas de orientación nazi-fascista que encararon los gobiernos de Santos y López Pumarejo: el mismo trabajo estadístico confirma que se trataba de movimientos eclécticos —incluso con la Iglesia católica como integrante—, puestos en el contrapeso que a la oficialidad liberal hacía el partido conservador, teniendo como base la crítica a la dependencia de Estados Unidos y, su correlativo y

coincidente con un elemento nazi, el nacionalismo.

Una "Colombia nazi", donde el nazismo no asoma una faz de conjunto, pero donde la realidad de dependencia de los Estados Unidos y su opuesto, los sentimientos antiestadounidenses, conforman todo el cuadro.

OSCAR TORRES DUQUE

Fiesta en corraleja

El mundo de las corralejas

Juan Santana Vega

Caja de Previsión Social de Córdoba, Montería, 1986, 128 págs.

El libro de Juan Santana Vega acerca de las famosas fiestas de toros del Sinú representa un valioso esfuerzo en cumplimiento de la tarea apenas iniciada de asomarse, con una mirada comprensiva, a esa importante manifestación de la cultura popular de la costa caribe colombiana.

Explorando un terreno incierto, en el cual, a poco andar, se tropieza ya con la leyenda, el autor intenta descubrir no sólo el origen inmediato, sino también el remoto de estas singulares corridas de toros. En procura de aclarar este último, reproduce en su libro la conocida tesis que habla de la génesis mediterránea de la llamada fiesta brava y se complace en recordarnos las legendarias historias del Minotauro de Creta y aquella de Urso, el gigante gladiador libio, quien,

para rescatar indemne a su mujer, hubo de dar muerte al toro asesino a cuyo lomo ella había sido atada en el circo romano.

Más adelante, Santana adhiere a quienes toman partido por la filiación ibérica de las primeras lidias de toros enfurecidos con propósitos de pública diversión, y no vacila en señalar a España como "la cuna de la tauromaquia". De allí, la fiesta habría-se trasladado a América en tiempos coloniales, hecho del cual brinda testimonio la figura de don Luis de Velazco, virrey de la Nueva España, "quien para celebrar una gran victoria militar [...] alanceó un toro en la plaza de ciudad de México".

El punto culminante de lo que pretende ser algo así como una sinopsis histórica de las corralejas es, precisamente, su nacimiento en tierras de la costa norte colombiana. Curiosamente, los datos en que se apoya la investigación de Santana sitúan todos la eclosión de estas fiestas en fecha posterior a la independencia de la Nueva Granada, en el tercero o cuarto decenio del siglo precedente. Las distintas versiones aludidas coinciden en señalar la celebración del cumpleaños de algún acaudalado estanciero de Sucre como la ocasión propicia para el nacimiento de este singular tipo de corridas. A fuer de ello, el monteriano parece hallarse de acuerdo con quienes sostienen, apoyados en la detallada referencia que de los antecedentes toreros del altiplano registran las célebres crónicas de Cordovez Moure, que las corralejas tienen su antepasado más inmediato en las fiestas de toros de Santafé de Bogotá.

Lo demás —que constituye la parte más voluminosa del cuerpo del libro— es una descripción, elaborada con algún detalle, de los pormenores de la fiesta en Corraleja. Allí se da razón de la manera como se construye la *corraleja* o plaza de toros; de las variaciones que, a través del tiempo, ha sufrido el ganado utilizado para la lidia, desde los viejos toros cimarrones, pasando por el tardo cebú, hasta llegar a los actuales ejemplares de media casta (fruto del cruzamiento de ganado criollo con astados de pura casta española); allí también se trata de los manteros o toreros crio-

